

nal se verifique el gran prodigio de la Encarnacion del Divino Verbo. *Bendita tú entre todas las mujeres*, porque dando á luz al Divino Salvador nos has dado la vida: *Bendita seás por siempre y bendito el fruto de tu vientre Jesus*. Sí, sea bendito por siempre ese Jesus; que siendo verdadero Dios, quiso hacerse verdadero hombre para borrar con su sangre la escritura de la maldicion del mundo.

Santa María, Madre de Dios, que eres tambien madre de los humanos, *ruega por nosotros* que navegamos por medio del proceloso mar de las pasiones mundanales: sácanos á salvo de todos los peligros, intercede en nuestro favor con el dador de todo bien, *ahora* en el tiempo de la afliccion y de la desgracia, y mas particularmente en la hora de nuestra muerte, en la que mas espantosas y terribles serán las tentaciones del enemigo de nuestra salvacion. Que por tu intercession, *Madre mia*, seamos felices en el tiempo y mas felices en las mansiones de la eternidad. *Amen*.

SERMON 1.^o

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba al pié de la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

El dia de hoy es para la Iglesia de Jesucristo un dia de tristeza, de desconsuelo y de amargura. El eco de las campanas que nos ha reunido bajo las bóvedas de este augusto santuario, congregándonos ante la imágen de la criatura mas santa y mas favorecida de Dios que vieran los siglos, no nos ha llamado para que oigamos cantar sus alabanzas, para referirnos sus extraordinarias virtudes, ni para que le demos el parabien por la dignidad altísima de Madre de Dios á que fué elevada. Para estos fines tiene la Iglesia otros dias señalados. El asunto que debemos tratar en esta mañana es mas apropósito para esplicarse con lágrimas que con palabras. Se trata de María, de esa purísima criatura primogénita de la gracia, y concebida en la mente del Altísimo desde antes que existiesen los siglos; de esa mujer llena de ventura á quien viera San

Juan en su maravilloso raptó vestida del sol, teniendo por escabel la luna, y luciendo brillante corona de doce estrellas; de la que fué la feliz contraposición de la Eva del Paraíso; de la mujer en fin que recibió tantos dones y carismas, cuantos debían resplandecer en la privilegiada criatura que había de ser Hija del Eterno Padre, Madre del Divino Verbo y Esposa privilegiada del Espíritu Santo; en una palabra, Templo y Sagrario de la Beatísima Trinidad.

Pero sabéis, mis señores, ¿en que estado nos la presenta hoy la Iglesia nuestra madre? No es por cierto postrada en la presencia del celestial embajador que le anuncia de parte de Dios su divina maternidad, ni embelesada de gozo al oír las dulces armonías de los espíritus angélicos que en la gruta de Belén saludaban la venida del libertador de las naciones. Nos la presenta, sí, oprimida con la fuerza del mas vehemente dolor, de la mayor de las aflicciones posibles. ¿Pues cómo así? ¿Cómo se encuentra en tal desamparo la que es hermosa como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército ordenado en forma de batalla? ¿Cómo tan abatida la que escede en valor á Débora, en intrepidez á Judith? Sí, señores: María es la Palma hermosa exaltada en el Cadés, pero está llena de tristura; es la Oliva especiosa de los campos, pero está circundada de ajenjos; es la matizada Rosa de Jericó, pero aparece marchita y rodeada de punzantes espinas. Se halla como triste viuda, dolorosa y desamparada la Señora de las gentes. ¿Cuál es la causa que motiva tanto dolor y angustia, tanta pena y aflicción?

Venid conmigo, cristianos; pero antes colgad de los sauces vuestros instrumentos músicos; despojaos

de vuestras galas, y llenos de la mas viva compasión fijad vuestra consideración en el Calvario, y presenciad con los ojos de la fé el triste espectáculo que allí se nos presenta. ¿Conoceis por ventura quién es el hombre que cadáver pende de una cruz, en la que se se halla aprisionado por duros clavos? Pues es el Divino Emanuel, el Mesías por quien suspiran las naciones; el que descendió del cielo á la tierra para quebrantar las cadenas de nuestra esclavitud, y clavar en su cruz la escritura de nuestra maldición. Todo respira terror en la cumbre del Gólgota: un silencio sepulcral reina en el monte de la Amargura, y al pié de la Santa Cruz déjase ver una mujer y esta mujer es madre. ¡Es la Madre del Divino Redentor que pende del madero santo!... ¡Es la Bendita María que apura el cáliz de la amargura! ¡Una madre que ve crucificar al Hijo de sus entrañas! ¡Una madre que le contempla cadáver en afrentoso patíbulo!... ¡Oh dolor sobre todo dolor!... ¡oh pena inenarrable!... Con razón esclama esta Señora con estas aflictivas palabras: Atended y ved si hay un dolor semejante al que atormenta mi corazón. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*

Así es, mis señores: tan profundo, tan extraordinario es el dolor, que cual penetrante espada atravesó el maternal corazón de la que con justicia es llamada Reina de los mártires, que los mismos evangelistas no atreviéndose á hacer su descripción, nos dicen tan solamente que al pié de la Cruz del Redentor estaba María su Madre. *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.* Ni pudieran decir mas los ingenios mas elocuentes, ni pudiera trazar rasgo mas vivo aunque lacónico la pluma manejada por la mano menos torpe. Decirnos

que María presenció heroicamente el sacrificio de su Divino Hijo, y que inmóvil al pié de la cruz permaneció hasta que los piadosos varones le depositaron en sus brazos, es lo mismo que decir que padeció incomparablemente mas que cuanto han padecido los mártires de todos los siglos, y que su dolor ni se puede comprender ni explicar: es justificar lo que despues ha dicho San Bernardo, que fué mas que mártir; y que en su corazon, como se explica San Buenaventura, no se encuentra sino hiel amarga y ajenjos. Ved, por que nos dice que no la llamemos en esta ocasion hermosa sino amarga, porque el Omnipotente ha llenado su alma de amargura.

Estoy ya en el caso de presentar la proposicion del presente discurso. ¿Y pretenderé acaso desenvolver el divino énfasis que envuelven las breves palabras con que el Evangelista San Juan nos demuestra todo el dolor de la purísima Virgen al pié del árbol de la Redencion? ¿Podré presentaros una exacta pintura del martirio de María? Esto no es posible á mis débiles fuerzas y escaso conocimiento. Mas apoyándome en las palabras de San Agustin que nos dice, que el amor es la medida del dolor, trataré de demostrar con cuanta claridad me sea posible, *que fué tanto mas grande y mas profundo el dolor de la Santísima Virgen al pié de la cruz de su Divino Hijo, quanto mas extraordinario era el amor que le profesaba.* Para que yo desempeñe con fruto esta parte de mi sagrado ministerio, me son indispensables los auxilios de nuestro buen Dios, que no dudo conseguir por la intercesion poderosa de esta Reina de los mártires, para lo cual la saludaremos, si bien afligida y llena de amargura, tambien llena de gracia. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Si tan unido á Dios estaba el apóstol San Pablo, que dirigiéndose á los fieles de Galacia les dice: «Vivo yo, mas vive Cristo en mí (1).» ¿Qué deberemos juzgar del amor de la Santísima Virgen á su Divino Hijo, y del modo con que á él estaba unida? Como quiera que ella habia sido predestinada desde la eternidad para ser fecundizada por el Espíritu Santo, y producir en tiempo al Salvador, fué llena de toda gracia y enriquecida con los mas extraordinarios dones, no concedidos á ninguna otra criatura. Su destino social fué el mas noble, y á él no puede compararse ni la magestad del monarca ni la inmortalidad histórica del mas célebre conquistador: todo destino es inferior al de María, porque todo es menos glorioso que tener por Hijo al que lo es de Dios. A proporcion, pues, que fué grande su destino, fueron tanto mas extraordinarios los privilegios que la fueron concedidos. ¿Qué otra cosa fué sino un extraordinario privilegio su esencion de la culpa original? ¿Y el uso de la razon que resplandeció en ella desde el instante de su animacion (2)? No hay por lo tanto que maravillarse al verla á la tierna edad de tres años presentarse al Templo, desprendiéndose de sus virtuosísimos padres y formando santas resoluciones mas propias de la edad madura que de los años de la infancia. La gracia obraba en ella todos estos prodigios.

(1) Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus. Ad Galat. cap. II, v. 20.

(2) Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii. S. Bern: Sen. tom. I, serm. 31.

Natural es que una madre ame al Hijo de sus entrañas, pero María entre tantas gracias como le fueron concedidas, recibió la de conocer exactamente todas las perfecciones, toda la grandeza de su Hijo. Ella no podía dudar que era Dios, puesto que así se lo había manifestado el ángel anunciador: que su concepción era obra del Espíritu Santo, necesariamente era para la Señora una evidencia. Ahora bien, y siendo por un orden natural, tierno y compasivo el corazón de la mujer, y no habiendo un amor que esceda ni iguale al de una madre para con su hijo, María que conocía que su Hijo era el mejor de los hijos y el mas digno de ser amado, le ama mas que cuanto han podido amar á los suyos todas las madres juntas. Si, pues, tan extraordinario é inconcebible es el amor de María para con su Jesus, ¿quién podrá cencebir lo acerbo de su dolor al verle pendiente del leño de la cruz? ¿Quién podrá comprender toda la amargura en que estaba anegada su bendita alma? La aflicción de Agar, el desconsuelo de Respha, las angustias de la Madre de Moisés, no pueden servir de punto de comparacion; porque el amor que estas sentian por sus hijos no pudo jamás llegar al que María profesaba al suyo. La noticia de la muerte de un hijo es siempre una copa de amargura para una madre, y por esta causa úsase de la mayor prudencia para comunicar tan infausta nueva. Pero la Santísima Virgen no oye referir los tormentos de su Hijo, ni su muerte en el patíbulo de los criminales, sino que sus mismos ojos son testigos de todas las circunstancias de la crucifixion y muerte de Jesucristo. ¡Qué dolor para una madre tan amantísima como María ver á su Hijo, cuya hermosura, santidad y perfecciones conoce, agonizante en la cruz, insultado y blas-

femado de sus enemigos, abandonado de sus mas favorecidos, viéndole verter su preciosa sangre y sin poderla recoger, oyendo de sus lábios que tiene sed, y no siéndole posible humedecer su garganta!

Verdaderamente que vuestro dolor, ¡oh afligidísima María! es imponderable; que vuestra angustia y quebranto es grande como el mar. ¿Quién será capaz de remediarte? (1). ¿Eres tú la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra? ¡Ah! ¡Que yo os observe al pié de la Cruz en el estado mas triste y angustioso, y os oigo esclamar! «No me considereis que soy morena, porque el sol me quitó el color (2).» Y es así, porque el sol divino de justicia Cristo Jesus, que se halla en la Cruz, deja caer sobre Vos los rayos de sus tormentos que dan en vuestro rostro y lo desfigurán en vuestro corazón y lo dividen.

¿Veis, mis señores, á María al lado de la Cruz de su divino Hijo? Pues esta es la agudísima espada que Simeon la había anunciado que traspasaría su alma: *et tuam ipsius animam pertransibit gladius*. Tan acerbo es el dolor que divide su corazón, que contemplándolo el devotísimo padre San Bernardo, dice que María al pié de la Cruz pagó con usura los dolores de que se vió libre cuando parió á su hijo por su virginal pureza (3). Para comprender en algun modo toda la fuerza del dolor de la Santísima Virgen al pié de la Cruz, se hace necesario que consideremos todas las circunstancias que concurrieron para aumentar el martirio de su ma-

(1) Magna est enim velut mare contritio tua, quis medebitur tui? Thr. cap. II, v. 13.

(2) Nolite me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol. Cant. cap. I, v. 5.

(3) Nunc solvis, Virgo, cum usura dolorem quem in partu non habuisti, nunc milies replicatum Filio moriente passa fuisti. D. Bern.